

UCLA

Mester

Title

Dos autos excrementales

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/6bp6s6d1>

Journal

Mester, 3(2)

Author

Román, Herrera

Publication Date

1973

DOI

10.5070/M332013458

Copyright Information

Copyright 1973 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

Dos Autos Excrementales según el Mester de Burguesía sobre el problema de la identidad.

El Nombre.

Se veía con ese nombre, su nombre, Fernando, ese nombre en gerundio de verbo de primer grupo que lo atormentaba. El nunca podría ser nada más que ese nombre que lo determinaba a un “ando”, sin posibilidad alguna de “iendos”, de “ados” o de “idos”, ese nombre que lo ponía en movimiento al mismo tiempo que lo limitaba a una sola y pobre posibilidad. No tenía siquiera el consuelo de un posible subjuntivo con un “si”, un “quizás” o un “tal vez”. Y se ensoñaba Carlos, Federicos, Alfonsos, Pedros, y se salía de sí en búsqueda de ese otro nombre que lo vengara y lo redimiera al mismo tiempo. Y él no se quería el Grande, ni el Sabio, ni el Bueno, ni el I, ni el II, ni el III, ni V. Sólo se quería diferente de sí, sin el determinismo monstruoso de un nombre que no había elegido. Y se hacía teoremas gramaticales que hubieran escandalizado al mismo Pitágoras, y en las noches se repetía: a Fernando, ante Fernando, bajo Fernando, cabe Fernando, con Fernando, contra Fernando, de Fernando, desde Fernando, en Fernando, entre Fernando, hacia Fernando, hasta Fernando, para Fernando, por Fernando, según Fernando, sin Fernando, so Fernando, sobre Fernando, tras Fernando . . . y siempre Fernando y tan Fernando en la divagación de su ensueño en movimiento.

El Sobrenombre.

El Flaco y el Flaco eran muy amigos. Claro que el Flaco siempre trataba de imitar al Flaco y hasta yo traté de imitarlo en una época. Es decir, el Flaco quería ser igual que el Flaco pero diferente al mismo tiempo, lo cual le causaba grandes problemas. Y al Flaco le gustaba muchísimo que lo imitaran porque así le crecía ese ego gigantesco que tenía. Dicen que después cambió. No lo sé. El Flaco y el Flaco fueron a la misma escuela, el Flaco se metió a jugar al fútbol para los azules y al poco tiempo el Flaco hizo lo mismo sólo que a jugar al basquet. El casi era lo que siempre salvaba la identidad de un Flaco y del otro Flaco. El Flaco se metió en el Nocturno y el Flaco también. En fin, que el Flaco y el Flaco eran como similares por fuera. Claro que por dentro era otro gallo el que cantaba. Yo conocí al Flaco al mismo tiempo que al Flaco porque siempre andaban juntos. Me dijeron que el Flaco era la mano derecha del Flaco, claro es que el Flaco no necesitaba mano derecha ni izquierda. Se bastaba solo. Un día, cuando el Flaco ya se había metido con los metalúrgicos, el Flaco se enojó y me dijo, con un increíble gesto de desprendimiento: “que se vaya todo al carajo, yo me quedo jugando para los azules, y ustedes se las arreglan.” Hoy pienso que no es así, quizá el Flaco pudiera haberlo hecho en otro lugar, en otra época. Hoy no. El Flaco es un líder y como todo líder vive para y por la gente que lo sigue. Se realiza a través de sus seguidores y ellos a través de él. Necesita de ellos y ellos de él. El asunto es que el Flaco y el Flaco eran carne y uña. Pero claro, todo era más complicado que ésto y mucho más sutil. Finalmente, el Flaco terminó quitándole la mina al Flaco, y el Flaco terminó casándose con la antigua mina del Flaco. Yo también estuve medio encamotado con una de las novias del Flaco. Al final, cuando el Flaco tuvo que mudarse debido a asuntos del sindicato, el Flaco lo siguió, y los cuatro terminaron viviendo en la misma casa. Se corrían rumores que en esa casa pasaban cosas medio raras. Pero yo no lo creo, porque el Flaco y el Flaco eran muy amigos.

Herrera Román